

INDIGENCIA Y EXCEDENCIA DEL SER EN LA METAFÍSICA DE NICOL

María Lida Mollo

El tema al cual el título apunta ocupa un lugar esencial en la obra de Eduardo Nicol. Es exactamente lo que constituye el nudo central de su Metafísica, y lo es en cuanto expresa una tanto insuperable cuanto fecunda aporía. El rasgo aporético del sistema nicoliano, que aparece conscientemente asumido en la elaboración de un método que se configura como fenomenológico-dialéctico, es como una rendija a través de la cual se vislumbra la diferencia ontológica entre ser y ser expresivo, entre unidad y multiplicidad, entre el *ontos* del *logos* y el *logos* del *ontos*¹. Desde ya podemos atribuir la excedencia al ser respecto al ser de la expresión, pero desde ahora es necesario aclarar que excedencia no es trascendencia, que diferencia no es separación y sobre todo que tal diferencia indica una diversidad, por así decirlo, convergente entre ser y ser que habla del ser, siendo la expresión, con su finísimo cuerpo como decía Gorgias, el diáfano y dinámico nexa que es síntoma de una homogeneidad onto-lógica.

Es de aclarar que homogeneidad no significa coincidencia, ni cumplimiento ni apropiación. La homogeneidad entre ser y ser que habla del ser es más bien la raíz común a partir de la cual adquiere forma el deseo de completar el propio ser con el ser ajeno. El *logos* entonces no es razón o ley del ser sino heroico furor de ser. Y es aquí que asoma el problema de individuar cuál es el término del deseo, el *telos* del *logos*, el *desideratum* de la intencionalidad de la expresión.

El deseo de ser del ser expresivo ¿es reductible al *conatus essendi* de la piedra spinoziana que quiere ser piedra? El deseo de ser ¿es deseo inercial, en el sentido de un cuerpo que queriendo permanecer en el propio estado desea alejar cualquier otro cuerpo que lo obligue a cambiar de

· Texto presentado en el homenaje a Eduardo Nicol con motivo del centenario de su nacimiento “La expresividad del Logos” celebrado en la Universidad Complutense de Madrid, el 30 de enero de 2008.

¹ Sobre la diferencia ontológica entre ser y ente cfr., J. González Valenzuela, *La metafísica dialéctica de Eduardo Nicol*, UNAM, México, 1981, pp. 57-58: «La *distinción* del ser respecto del ente, afirma Nicol, no implica su *separación*, porque “¿en dónde está el ser sino en el ente?”. El absoluto entonces está en el relativo, la unidad en la pluralidad, la permanencia en el cambio. *Lo que no cambia es la presencia absoluta de la realidad cambiante*; el ser permanente está presente en el movimiento».

trayectoria? No, porque el ser al cual primariamente aspira el ser de la expresión es sí el ser propio, pero el ser propio en tanto que ajeno. El ser de la expresión desea un ser distinto del propio y lo desea justamente para afirmar la propiedad de su ser.

Deseo ontológico, pues, pero también deseo nostálgico de otro *ontos*, dolor de patria perdida, pobreza originaria como la *penía* madre de Eros, pauperismo como ideal no de miseria sino de riqueza nunca alcanzada que engendra el amor. Ya en *Historicismo y existencialismo* Nicol había mostrado preferir el *Banquete* al *Fedón*. El motivo de tal preferencia radicaba en la mayor fuerza de vinculación que Nicol atribuía a la tensión erótica respecto a la participación: «más eficaz que el concepto de participación, para la unión de los dos mundos, es la doctrina del *eros* en el *Banquete*. Esta es la verdadera fuerza vinculadora, que resuelve en unidad la dualidad estática del ser platónico. El *eros* representa el dinamismo del ser, y es el que cumple la verdadera función del *μετέχειν*. Para Platón, pertenece el *eros* a una zona intermedia del ser. Emanada de lo humano para conectarlo con lo divino; se da en lo sensible para remontarlo hasta lo inteligible. No es lo uno ni lo otro, ni plenitud ni defecto, o mejor dicho, es ambas cosas, y por esto tiene la virtud de conectar la una con la otra»². Conexión como acción, como marcha desde el ser hacia el ser o como marcha del ser mismo. Como es notorio el concepto de *mismidad* es una categoría clave en la obra de Nicol ya desde *Psicología de las situaciones vitales*. Nicol sostenía desde su primer obra la imposibilidad de la vivencia de identidad, y tal imposibilidad estaba intrínsecamente entrelazada con la necesidad de la temporalidad: «No hay vivencia de la identidad; hay vivencia de la temporalidad. El sujeto temporal es el *mismo*, pero su mismidad se le revela justamente en la vivencia o experiencia de la novedad. Un yo idéntico, al modo de la substancia clásica, no puede ser *sujeto de cambio*»³.

El término sujeto es otro instrumento que queda transfigurado en la revolución metafísica que Nicol pretende llevar a cabo. Pues Nicol, cuyo espíritu revolucionario responde a la llamada interior o vocación a ir contracorriente, no sigue la corriente postmoderna, de la cual obviamente no puede compartir la instancia anti-metafísica, no pretende declarar guerra a la subjetividad, en fin,

² E. Nicol, *Historicismo y existencialismo*, (1950), FCE, México, 1989, pp. 28-29.

³ E. Nicol, *Psicología de las situaciones vitales*, (1941), FCE, México, 1996, p. 43.

no abandona el concepto de sujeto y el único modo para conservarlo, para operar la hegeliana *Aufhebung* es quitarle la fijeza e inmovilidad que tuvo desde la modernidad, sin por ello tocar los confines relativistas de la posmodernidad. Es más, Nicol entiende reanimar al sujeto, y lo hace remontándose al origen de lo que él señala como una constitutiva apertura, afección, o en otros términos, sujeción. El sujeto es tal en tanto que está sujeto a lo que lo rodea, lo que lo rodea es término de partida y de llegada. El movimiento del sujeto constituye el espacio, pero se trata de un movimiento vital y el modo en el que el sujeto vibra en la situación es justamente la expresión, la ventana hacia el otro, o sea hacia otra situación vital. Es necesario advertir que aunque Nicol no conciba el lenguaje como mediación, puesto que la expresión es una inmediata comunicadora de ser, sin embargo asevera que nunca puede haber total comunicación, o mejor dicho la comunicación comunica plenamente la unidad incompleta que conforman los comunicantes. El constitutivo, inmediato y dinámico rasgo del ser comunicante es el signo de un amante que transforma la falta de ser en privilegio ontológico.

Pues la falta es justamente el horizonte de sentido en el que se inscribe todo significado, y el sentido es como un sendero direccionado hacia el término del deseo, que no es algo que esté puesto contra el amante, sino alguien que es la meta interna a la marcha amorosa, o en otras palabras, el término del deseo no es un objeto heterogéneo, sino un sujeto afín. La afinidad entre los sujetos es de índole ontológica, con lo cual Nicol indica la condición común de pobreza y de deseo de ser, entre entes constitutivamente históricos, o sobre-naturales, en el sentido de entes destinados a obrar y transformar su propia naturaleza, naturaleza que es histórica, o como gusta decir Nicol poiética, en tanto que construida por obreros ontológicos.

Es interesante notar como Nicol liga lo incompleto a lo histórico, y lo es porque quien conozca el *iter* nicoliano sabe muy bien que uno de los pasos obligados de la revolución consiste en eliminar el no ser, en incluir, contra todo tipo de dualismo, la historicidad en el ser mismo, que figura como único absoluto. Y sin embargo la expresión, que aparece como síntoma de indigencia ontológica, se desprende de la temporalidad del ser de la expresión, de la voluntad ontológica de

contrastar la muerte con el amor, la mortalidad con la divina aspiración de inmortalidad. El amor diviniza, aunque lo haga sólo por pocos segundos, aunque sea sólo una ilusión, aunque sea una apropiación incompleta, o mejor dicho dialéctica que hace que las palabras sean superfluas, que reine el silencio con la provisoria promesa de apagar el deseo y con él la temporalidad.

Escribe Nicol en su metafísica: «Expresamos, y siempre seguiremos expresando, porque nunca llegaremos a cumplir el propósito primordial de la expresión. Por esto permanecemos en esta condición mermada, carente del ser ajeno, siempre afanosos de decir “la última palabra”, siempre ambiciosos de dejarlo todo dicho. Los grandes momentos de íntima efusión, de con-fusión conmovida, o sea de comunión, son silenciosos; pero son momentos de plenitud vital tan peculiar, que en ellos vivimos la muerte: esa pequeña muerte que es la del ser cuando reposa en la precaria convicción de que alcanzó la plenitud deseada, cuando ya no es necesario decir más. Ser, descansar, callar»⁴.

Ligar el ser a la expresión y ligar esta última a la falta de ser impone aclarar la diferencia entre insuficiencia ontológica y nada. De la nada no puede salir nada, pero del ser surge el deseo de más ser. Entendiendo con este más no un aumento cuantitativo sino una diferenciación interna desde el principio o sea desde cuando hay verbo. Escribe Nicol en *Formas de hablar sublimes*: «Podemos ver que entonces la palabra no solamente sirve para hablar de las cosas, sino que puede incrementar el inmenso tesoro de las cosas: el universo. Hay más ser desde que se habla poéticamente. Este *más* es, precisamente, póiesis»⁵.

El *logos* es así el punto de partida de una marcha interna hacia el ser ajeno que es expresión de ser. Expresión pero no comprensión. La metafísica de Nicol no es una hermenéutica del ser, el ser no se comprende, en el sentido de que no se abarca del todo, en el sentido de que la

⁴ E. Nicol, *Metafísica de la expresión*, FCE, México, 1974, p. 18.

⁵ E. Nicol, *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía*, (1990), UNAM, México, 2007, p. 54. Sobre la imposibilidad de entender el *más* en términos cuantitativos ver E. Nicol, *Los principios de la ciencia*, FCE, México, 1965, p. 364: «El criterio cuantitativo del más y del menos no se aplica al Ser. Por esto el Ser no es el Uno ni es el todo: todo lo que existe es Ser, pero el Ser no es la totalidad; y la totalidad es unitaria en su diversidad, pero el Ser no es Uno. Bastaría la existencia de un ente para que el Ser quedara afirmado como el absoluto».

diferencia, que Nicol nunca niega entre ente y ser, es el lugar de manifestación de un ser que es sí evidente y diáfano, *phanerós* pero que trasciende su evidencia, deviniendo el horizonte fenomenológico de todo fenómeno. Trascender el fenómeno no significa estar detrás del fenómeno, no indica una ocultación del ser, sino, al contrario, la trascendencia es la *conditio sine qua non* del movimiento, de la temporalidad y de la historicidad del ser. He aquí una grande aporía, una duda que se insinúa en el estudioso de Nicol, que sobresale en el *itinerarium mentis* de un filósofo que hizo de la sinceridad y honestidad intelectual el punto cardinal de su *ethos* vocacional.

La aporía concierne a la dificultad de penetrar en el corazón de la diferencia ontológica. Diferencia entre ser y ser que habla del ser, pero también y sobre todo diferencia entre el ser objeto de la comunicación, o sea entre el objeto del símbolo y el Ser que en *Crítica de la razón simbólica* se escribe y se expresa con una *S* mayúscula. Pues este Ser nos dice Nicol que es eterno, infinito, inconmensurable, inasequible en tanto que ubicuo, sin sentido y por ende inexpresable.

«En tanto que infinito, el Ser entero no sólo es inimaginable, sino que parece incomprendible. Es literalmente in-comprensible, pues no podemos comprimirlo para que quepa en nuestra mente; pero además en el sentido de que no tiene sentido. Se comprende lo que tiene o puede tener más de un sentido. La misión de la metafísica no es, como se ha dicho, “comprender el Ser”»⁶. “El Ser no cabe en nuestra mente”, esta afirmación parece evocar el problema que Ortega planteaba en *Las dos grandes metáforas*, una de ellas era la de la conciencia como continente y la paradoja aparecía cuando se pretendía dar razón de la presencia del objeto en el sujeto, de la Sierra de Guadarrama granítica, azulada y cárdena en la mente inextensa, incolora y sin resistencia⁷.

La imposibilidad de que el Ser quepa en la mente es de signo opuesto, y lo es en tanto que lo que Nicol señala no es la heterogeneidad entre el contenido y el continente – como indicaba Ortega en un homenaje a Kant que era una crítica por un lado de Kant y de todo el idealismo de inspiración cartesiana y por otro de Aristóteles y de todo tipo de realismo que entienda el conocimiento como una impresión del objeto en la tabla cerina de la mente. Pues Nicol apunta a una paradoja

⁶ E. Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, FCE, México, 2001, p. 176.

⁷ J. Ortega y Gasset, *Las dos grandes metáforas* (1924), en Id., *Obras Completas*, tomo II, Taurus, Madrid, 2004, p. 514

insuperable entre dos tipos de evidencias, entre la evidencia permanente del Ser y la evidencia temporal del ser expresivo, entre el sin sentido del Ser y la ambigüedad del ser lógico. Lo que no cabe en la mente no es el objeto físico, sino el Ser en tanto que indefinido e ilimitado. La paradoja es entonces imposibilidad de que el finito abarque el infinito, y no de que la *res extensa* quepa en la *res cogitans*.

Escribe Nicol en *Crítica de la razón simbólica*: «El Ser es manifiesto porque es manifestante. Lo cual implica una acción: el Ser permanente es una permanente reproducción de sí mismo. Se manifiesta de mil maneras en los entes, y éstos a su vez se manifiestan en el Ser, simplemente porque son»⁸.

Ubicuidad y permanencia devienen así el terreno metafísico, el horizonte de posibilidad de todo aquí y ahora, de toda determinación vital. Ubicuidad y no utopía. El ser está en todas partes pero sin dejarse comprimir en ninguna parte, está en todo *ahora* pero sin dejarse capturar por ningún tiempo particular. Aquí hallamos también la clave del anti-historicismo de Nicol, y lo interesante es que dicho anti-historicismo es una posición íntimamente ligada a aquella que hace de la historicidad del ser la clave de una metafísica positiva.

Habría así una laceración entre lo que en *Metafísica de la expresión* es el reconocimiento de la historicidad del ser, de una historicidad que sin embargo no pretende hacer evaporar el ser en el relativismo, y la eternidad del ser así como procede de *Crítica de la razón simbólica*. ¿Es esta última posición un retorno a Parménides, o sea al filósofo al cual Nicol atribuía el origen de la vieja ciencia del ser que del presupuesto de la intemporalidad se fue desplazando hacia posiciones opuestas, a la meontología de Gorgias, por hacer un ejemplo? Al relativismo de Protágoras, por hacer otro? Y así volvemos al punto de partida, o sea a la diferencia entre ser y ente. El problema no tiene un interés meramente arqueológico. Baste pensar en el “sofista madrileño”, como una sombra que aparece, desaparece y reaparece en el sistema sinfónico de Nicol. El ser es lo oculto y

⁸ E. Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, cit., p. 176.

extranjero decía Ortega, Nicol reafirmaba es manifiesto y visible, y contra Heidegger, no es sólo apofántico sino también apodíctico en el significado antiguo de presentado en un acto comunicativo.

Así como no es posible pensar en Heráclito sin Parmenides, del mismo modo no es posible concebir el devenir sin la eternidad, el ente sin el ser. Lo que no cambia, lo que no es histórico, en el sentido de que no se deja contener por ningún aquí y ningún ahora, es el *factum* privilegiado de Nicol, el hecho originario, o *Ur-faktum* del cual proceden todos los hechos, y todos los entes, los naturalmente indiferentes y los históricamente ambiguos, el hecho de todos los hechos es el hecho de que hay Ser.

Hecho inexplicable en tanto que profundamente misterioso. Pues el misterio concierne a la irrupción del *logos* en la materia indiferente, o sea al acto originario que es principio de toda forma y que constituye el destino de la mudez de “lo otro”, de esa materia destinada a diferenciarse y a apropiarse de sí misma en el doble acto del diálogo.

En *Formas de hablar sublimes* hallamos que el *logos* es un elemento sublime, y aquí podríamos pensar en el éter aristotélico, o sea en aquel elemento incorpóreo dotado de movimiento circular y por ello mismo perfecto. Nicol habla de un círculo virtuoso entre ser y expresión, pero lo que aquí importa destacar es que ser y expresión han sido desustancializados y convertidos en los términos de un acto sublime, en el que lo uno y lo múltiple, el ser y el ser que habla del ser, yo y tu se con-funden, se funden conjuntamente, se entregan recíprocamente y lo hacen colaborando en la laboriosa y necesaria construcción del sentido.

El sentido es así un dono de sentido, dono ambiguo y sublime - Nicol recordaba que el término sublime deriva remota e inesperadamente de *umbral* – dono compartido y con-sentido.

El ser de la expresión, el ser de quienes la pronuncian y el ser del objeto mentado están en vilo entre la indigencia y la excedencia, habitan el umbral del sentido, de ese impulso hacia el otro y hacia lo otro que es deseo de más ser.

De la indigencia surge el deseo de colmar la ausencia, la *ἄπουσία* con la plena presencia.

La meta-física nace de la excedencia de ser respecto a la indigencia ontológica de los seres simbólicos, de esos seres mermados, menguados y natural o mitológicamente separados y condenados a la libre construcción de lazos expresivos. La *hybris* se transforma así en amor, en pática conciencia de la herida originaria, de la pobreza de ser, de la cual nace – como un Eros desheredado que debe ganarse la vida desde la cuna – la búsqueda radical del otro, del destinatario del decir.

El Ser con mayúscula, el ser excedente deviene así la promesa – no la garantía – de que el diálogo proseguirá, de que nunca estará todo dicho. De la excedencia se desprende también la posibilidad de que Eros contraste a la *hybris* con la ingeniosa marcha hacia el Otro, con el cuidado de la diferencia, de esa diferencia que no es separación sino comunión «quisiera ser convexo para tu mano cóncava y estar como agua siempre a gusto en cualquier vaso». En el habla sublime de Gerardo Diego se vislumbra ese peculiar sentido de la con-fusión, de la fusión conjunta, al mismo tiempo libre y necesaria, por la cual lejos de borrarse los confines, éstos se destacan manteniendo la diferencia: «tu confín dentro y fuera siempre exacto».

La intemporalidad del Ser no contradice la historicidad del ser de la expresión, la excedencia es el *desideratum* pero también el horizonte de toda indigencia. Excedencia e indigencia pueden diferenciarse justamente en cuanto no están separadas, sino, al contrario íntimamente, que quiere decir constitutivamente, enlazadas en ese acto cotidiano y simple por el cual la materia, ya no más sólo materia, ya no más indiferente, habla de sí. «El hombre – dice Nicol – se afirma a sí mismo cantando. Y no es posible que el cosmos permanezca indiferente, ante tal inocente presencia, ante tal suave entrega: ante un ser que se expresa a sí mismo mandando ondas líricas al espacio»⁹.

La irrealidad de la palabra es el modo más radical de estar en la realidad, de habitar y compartir un ser que nos excede no en cuanto oculto, enterrado u oscurecido, sino en cuanto constituye la sempiterna luz de la cual emana todo fenómeno temporal. La dialéctica se reconfirma

⁹ E. Nicol, *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía*, cit., p. 55.

como un cariz permanente en el método nicoliano, en el sendero de quien hizo del umbral el lugar natural del ser histórico, de ese ser cortado por la mitad, que buscando al otro, se encuentra a sí mismo o, como decía Bruno en el mito de Atteone, de ese cazador que mirando a Diana se convirtió en presa¹⁰. Con el heroico furor de ser del ser expresivo lo eterno se hace temporal, y lo temporal eterno.

«El hombre – escribe Nicol – es la gran paradoja de un ser finito que habla del infinito»¹¹.

¹⁰ Cfr., G. Bruno, *Gli eroici furori*, diálogo IV: «A le selve i mastini, e i veltri slaccia/ Il giovan Atteon, quand' il destino/ Gli drizza il dubio e incauto cammino,/ Ecco tra l'acque il più bel busto e faccia,/ Che veder possa il mortal e divino,/ In ostro ed alabastro e oro fino/ Vidde, e 'l gran cacciator dovenne caccia».

¹¹ E. Nicol, *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía*, cit., p. 16.